



Hemos hablado en conversaciones anteriores de la moda «recta», sin poder elogiarla... Toda su fórmula consistía en la superposición de dos camisas: una externa, transparente y otra interna y opaca... No necesitan tanto las mujeres de la Grecia clásica; una sola túnica les bastaba para estar admirablemente vestida... En cambio nuestras damas, con su funda íntima de niebla y su funda íntima de luz—rutilar del oro, de la plata o de las perlas «ersatz»—, no estaban vestidas bien ni mal... No estaban vestidas... Y nada tiene que ver esa afirmación con el pudor... Las mujeres de Esparta y las de Atenas mostraban con frecuencia su hermostura, sin avergonzarse de ella, y se vestían bien, sin embargo... Comentando la moda des-

de el punto de vista estético, nada más, no entro en el orden de esta crónica la apreciación de lo que en lenguaje eclesiástico se llama modestia o immodestia de indumentaria... Las mujeres de nuestra época no se vestían, desde hace un año, por que vestir el cuerpo no es ocultarle más o menos, sino avalorar su forma con la armonía de las líneas de los pliegues, de los colores que le envuelven; y nada de esto existía en la informe camisa, leit motiv de la elegancia hasta ayer.

Por suerte aparecen ya hoy nuevas orientaciones, y a la silueta «recta» se oponen sugerencias 1840—cuerpos ajustados y volantes huecos—, y otras de 1890, con aquellos vestidos que moldeaban el busto y ceñían las caderas en contraste con la amplitud de las faldas finé tenían gracia de cálices.

1840, 1890... el pasado vuelve; y su reaparición tiene en la moda la melancolía de un arrepentimiento y también su mérito. Nuestro tiempo es pobre en dos artes cuyo esplendor o quiza decadencia marchan generalmente a la par: la arquitectura y la indumentaria. Las innovaciones de los arquitectos han tenido en estos últimos años la misma escasa fortuna que las de los modistos. Por ello, ante un edificio nuevo de airtigo estilo, como ante una dama joven, ataviada a la manera de otra época, experimentamos la grata sensación del despertar saliendo de una pesadilla en que la casa y la mujer, amparos de la vida, abian tornado por aspectos quiméricos sus formas sacrosantas e inmutables.

LOS TEATROS

Notas de la semana

Pródiga en acontecimientos artísticos, empezó la temporada; de desear es que sigamos por la buena ruta emprendida.

Apenas terminamos de saborear las delicias del arte exquisito de Margarita Xirgu, aparece en perspectiva, la compañía nada menos que del teatro Lara de Madrid, en la que al lado de Simo-Raso su director y la insigne Leocadia Alba, integran el elenco de la misma figuras tan preeminentes como Lola y Elisa Mendez, Concepcion Catalá y los señores Balaguer, Córdoba, Ortilano, Benítez, etc., cuyos nombres son su mejor elogio.

Hará su debut el martes próximo con «Currito de la Cruz», de Pérez Lugín, adaptada a la escena por Linares Rivas, comedia moderna como casi todo el repertorio anunciado para las seis únicas funciones que dará la compañía, habiendo muchos pedidos en taquilla para el abono abierto.

Hoy domingo hará su despedida la genial canzo-

netista La Goya una de las más bellas estrellas y de primera magnitud en el mundo de las varietés, sus actuaciones se cuentan por éxitos, debido a su distinción, a su selecto y variado repertorio, así como a su lujoso vestuario.

En el Teatro Circo el día 3 del actual pondrán en escena el inmortal drama de Zorrilla D. Juan Tenorio, el Cuadro Artístico de la Liga de Dependientes en el que figuran buenos elementos y no dudamos resultará grata la velada, en la que cosecharán muchos aplausos los chicos del comercio.

En Cervantes continuará la serie de grandes «films» en episodios, proyectándose la magnífica película titulada «En las garras del Aguila» que ha sido tan elogiada por la prensa madrileña por lo cuidada y la belleza artística de sus fotografías.

Y por hoy nada más; así es que «Colorín colorado...

La muerte del fantasma

Al Conde de Las Navas de Amores, mi demócrata amigo

manos sobre los gavilanes, vieron sobre una reja, encaramado en ella como un gran pájaro con las alas abiertas, al fantasma en alma y cuerpo.

¡Señor! de cintarazos y mandobles que allí se repartieron!

Las golillas acompañados de algunos bigardos que para este menester sacaron de un bodegocillo, pretendieron arremeter contra aquel extranjero en la vida ésta; pero el hombre (¿?) en cuestión, diestro como era en el manejo de las armas, tomóles la delantera, y lanzóse sobre ellos como un águila sobre su presa.

Fué una lucha de Titanes. Tocó la peor parte de la escaramuza a los sirvientes del Rey. Quedaron todos mirando al cielo, manando sangre con la espada rota...

Jadeaba.

Unos pasos severos, acercáronse, pausados.

¿La Inquisición acaso?

—Juraría, que sí—bromeo más que dijo, recogiendo su desordenada indumentaria.

Una voz opaca y glacial, vino a confirmar sus sospechas.

—Daos preso a Dios en nombre, del Rey.

—No, a fé mia, es de caballeros ni de cristianos acabar desta forma coloquios de amor. Ni el Rey es quien para meterse en mis asuntos, ni vos, tampoco, mezclando el nombre de Dios en estas cuestiones—contestó.

¡Infelice!

—Teneos... —objetaron los mandones.

Y, después:

¿Podreis buscar, acaso, el Amor en casa do nadie mora?

Un leve ruido del viento al pasar, raudo, por un vidrio roto del ventanal, pareció responder, como voz de mujer.

—Sí.

Unas miradas vagas, indecisas cruzáronse en la oscuridad de la noche y de las almas.

¿Quien podría vivir allí, en la olvidada mansión de los Requena?

—¡Ja!—dijo para su capote el jefe de la cuadrilla. Sabía este que los muros ciclópeos de aquella morada no eran absolutamente infranqueables; sabía también, que, próxima a ella, junto a sus corrales, levantábase, modesta, en medio de tanta grandeza, una casaca de menestres, donde moriase de hastio una moza muy linda, muy linda...

Comprendiéronlo muy luego...

—Si a razones no se aviene, por la fuerza caeras en nuestras manos—consultáronse.

Erase por los días tristes y calamitosos del reinado de «nuestro señor» el tercero de los Felipes...

Hacia las veces de Corregidor en la Muy Noble y LEAL CIUDAD DE CHANFLA, un caballero de rancia es tirpe; don Ginés de Rocamora y Soriano de Todellas.

Fueron varios los asuntos graves que hubieron de tocar sus pálidas y señoriales manos; pero uno, por sus especiales características, requería estudio aparte. Tal era su indole.

Diz que un fantasma, un hombre—o mujer; nada se afirmaba—del Eterno, embrujado, recorría las calles pinas de la Muy Noble y LEAL CIUDAD.

¡Ave María!

Cada vez que mentado era el misterioso scr, hacíase la señal de la Cruz, hombres y mujeres, mozas... E intrigábase éstas cuando oían relatar, comentando la finalidad probable de aquel semihumano.

Diz que era cuestión de amores...

No bien sonaban las XII horas de la noche en el reloj de la Colegiata, veíasele avanzar decidido y presuroso al cobijo de las sombras que la Luna proyectaba sobre los muros.

Fantasma los hombres.

Fantasma las cosas...

II

Era alto, fornido. Vestía larga y ancha capa, blanca que termina en su cabeza a modo de cilíndrico sombrero, y pendiente de éste, un tupidó velo negro que le permitía ver, lo necesario.

Habíanse propuesto las autoridades y el Corregidor a la cabeza, acabar de una vez con quien había armado tremolina en los espíritus chanflitanos.

Secundáronle rúbulas de Alcalá, con su saber y valimiento; y golillas, esbirros del Tribunal Santo...

Aprestáronse todos, con gran contentamiento, no exento de recelo para tan piadoso menester...

III

El pueblo, como siempre, dormía.

La noche, en calma, reposada, tranquila; y mochuelos y lechuzas, entonanah a lo lejos, en las torres, sus silbos de agüeros y maleficios.

IV

Un rumor de besos vino a sacar de quicio a los representantes del monarca Filipo.

¡Atención!

¿Misterio?

Pero el asombro desbordose en raudales, cuando ellos, en la noche, con los ojos muy abiertos, y las